



Lecturas para viajar

Cinco cuentos de Manuel Peyrou



LEER HACE BIEN

AUTORIDADES PROVINCIALES

Gobernadora

María Eugenia Vidal

Vicgobernador

Daniel Salvador

Ministro de Gestión Cultural

Alejandro Gómez

Esta publicación se realiza como homenaje a los escritores bonaerenses en el marco de *Un día de Libros*, perteneciente al programa *Leer Hace Bien* del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires.



El Autor

Manuel Peyrou nació en San Nicolás de los Arroyos, Provincia de Buenos Aires, el 23 de mayo de 1902. Siguiendo los pasos de su padre Antonio, se graduó en la Facultad de Derecho de Buenos Aires en 1925, pero jamás llegó a ejercer la abogacía. Fuertemente atraído por la lectura y la escritura, comenzó su carrera literaria en 1935 con la publicación del cuento *La noche incompleta* en las páginas de *La Prensa*, diario al que se sumaría poco tiempo después para integrar su redacción, primero como redactor y después como editorialista e integrante del suplemento literario.

Amigo íntimo de Jorge Luis Borges desde los comienzos de la década de 1920, Peyrou fue cultivando su carácter literario al mismo tiempo que alimentaba una auspiciosa carrera en el periodismo cultural, convirtiéndose también en responsable de la sección de crítica cinematográfica en la prestigiosa *Los Anales de Buenos Aires*, revista dirigida por el autor de *El Aleph*.

Los primeros libros de Peyrou fueron *La espada dormida*, un compilado de cuentos policiales publicados en 1944, y la novela *El estruendo de las rosas*, también de índole policial, publicada en 1948. El relato de detectives, especie literaria que desarrolló fuertemente durante su primera etapa de escritor, fue el género que le concedió sus mejores reconocimientos. Los cuentos policiales de Peyrou fueron compilados en varias antologías de Argentina y del exterior, como *Los más bellos cuentos del mundo*, editada en Madrid por el *Reader's Digest*, y la *Antología de escritores argentinos*, publicada en Grecia en 1970 por Jorge Humuziadis. Algunos de esos textos fueron destacados con importantes premios, como la Medalla de Oro del Consejo del Escritor correspondiente al decenio 1951-1960, y el Primer Premio en el Certamen Nacional de Cuentos que realizó la Dirección General de Cultura en el año 1956.

Luego de haber incursionado con éxito en el relato policial y fantástico, algo que lo acercaba estilísticamente a Borges, Manuel Peyrou se volcó a la narración psicológica y testimonial. Preocupado por la realidad social del país y por la decadencia de las costumbres, dedicó sus últimos años de actividad a plasmar las formas negativas del devenir político argentino en novelas como *Las leyes del juego*, *Acto y ceniza* y *El hijo rechazado*, dándole forma a textos cargados de testimonio y denuncia.

Tras su muerte, el 1 de enero 1974, Manuel Peyrou fue reconocido como uno de los autores nacionales más importantes del siglo XX.



Ilustración: Gastón Olmos

"...Manuel Peyrou profesó el arte, hoy casi perdido, de urdir curiosos argumentos y de narrarlos de un modo lúcido, con sentencias claras y eufánicas. Ahora, si no me engaño, se prefieren las frases truncas, la cacofonía y el abuso de las malas palabras que los condiscípulos nos revelan en la escuela primaria y que se aluden fácilmente después. La literatura actual se complace en las facilidades del caos y de la azarosa improvisación. En nuestros días se da el nombre de cuento a cualquier presentación de estados mentales o de impresiones físicas; se olvida, asimismo, que la palabra escrita procede de la palabra oral y busca análogos encantos. Acaso todo cuento debe escribirse para el último párrafo o acaso para la última línea; la exigencia puede parecer una exageración, pero es la exageración o simplificación de un hecho indudable. Si mal no recuerdo, Julio Cortázar dijo alguna vez que el cuento debe ganar por knockout. Un prefijado desenlace debe ordenar las vicisitudes de toda fábula. Peyrou, que cumplió con esta exigencia, ha legado a la memoria de los lectores muchos relatos ejemplares..."

Jorge Luis Borges
(Fragmento de un artículo del Diario El País
publicado el 17 de diciembre de 1985).

*Agradecimiento a María Kodama

Muerte en el Riachuelo

El cantor pegado al micrófono reiteraba un lloroso capítulo de la vida privada del suburbio. Alrededor de cien hombres de los que se reconocen y confiesan en el tango se agrupaban frente a las mesas, pendientes de ese melódico resumen de amarguras. Sólo de tanto en tanto, de algún Porteño, Independencia o Muela cariada, en ejecución moderna, saltaba una chispa de la vieja narrativa del coraje, la jactancia y la zafaduría.

Luego volvían la realidad y los temas cotidianos.

Eran las dos de la mañana y el humo y el tango se dividían el espacio y el tiempo; desparramados, florecían algunos diálogos. En una mesa, cuatro hombres ahorran palabras. Después de un largo intervalo, uno de ellos rompió el silencio:

— ¿Tenés un negro?

La llama ardió un instante en sus dedos y luego se achicó, absorbida por la punta del cigarrillo; era el cuarto que encendía en veinte minutos. Echó el cuerpo hacia atrás, levantó con el pulgar el chambergo hacia la nuca, y lanzó con aplomo una espesa bocanada, que subió perezosa, cada vez menos densa, pasando del gris azulado y compacto al más pálido tono de gris, ya disuelto, borroso: era su viril aporte al enrarecimiento del aire. Alto, moreno, con una palidez enfermiza en el rostro, vestía de oscuro y sus manos eran largas y blancas; ostentaba en la derecha un anillo grande, con una piedra oscura.

— ¡Qué calor...! —exclamó, por decir algo.

— No es el calor... es la humedad —le rectificaron, con positiva lógica popular.

Tres hombres rodeaban al Chueco Manfredi. De los tres, uno guardaba silencio; había faltado a una cita y no encontraba palabras para justificarse. Era una cita en la que hubieran dado fin a un antiguo plan, surgido en largas noches de discusiones y de cálculos.

— Vos me dijiste a las ocho y yo pensé que era a las ocho de la mañana—arriesgó por fin.

— ¡Las ocho, las ocho! ¿Qué vamos hacer a las ocho de la mañana? Yo te dije a las ocho de la noche... —replicó Manfredi, con leve irritación, mientras encendía un nuevo cigarrillo; su palidez, apenas alterada por la contrariedad que le producían las postergaciones del negocio, hallaba su contraste en el brillo afiebrado de las pupilas y en el fino dibujo de las cejas.

La voz del cantor cortó los diálogos, y los amigos enmudecieron, siguiendo el hilo invisible de la melodía. Rodeaban al Chueco un tal Andrés, Enrique (a) El Pibe de Wilde y Luis Ramírez. De todos, el único hombre de acción, animoso y sustantivo, era el Chueco. Conocido en Devoto, en Las Heras y hasta en el Sur, acometía cualquier aventura con inalterable y fría resolución. Era bajo, delgado, con un rostro duro, gris y sombrío, que matizaban las huellas borrosas de la viruela. El Pibe de Wilde, en cambio, gozaba íntimamente con la idea de vivir al margen del delito, aunque apenas vivía al margen de las buenas costumbres. Delgado, bajo, supersticioso, vestía un corto saco color ladrillo.

Andrés era alto, de ojos claros y pelo rojo: le llamaban el Ruso. Luis Ramírez tenía el físico y la vestimenta de un empleado modesto y había llegado a la encrucijada de su vida. Y la encrucijada ofrecía, de un lado, la permanencia en ese empleo modesto y, del otro, la aventura y el riesgo.

— El asunto tenemos que decidirlo mañana —afirmó el Chueco Manfredi, cuando terminó el canto.

— Mañana podemos hablar —contestó Andrés—; yo no sé si podré estos días; mi hermana consiguió otro conchabo y la tengo que acompañar a la salida, porque es muy lejos.

— Y vos, ¿no podés mañana? —interrogó el Chueco a Luis.

— Y, no sé... los domingos voy a lo de mi cuñado. Van también el gordo Gariboto y los muchachos. Me parece que lo mejor es que hablemos el lunes. El chico del almacén quedó en avisarme la hora en que el viejo cruza el puente.

— ¡Pero eso ya lo sabemos hace meses! —replicó el Chueco, ya molesto.

— Sí... claro... pero ahora, con el horario de verano.

— ¡Phs...! ¡No hablés más aquí! —cortó el Chueco, receloso, después de lanzar una mirada circular. Acodado a una mesa próxima, un hombre, sobre las ruinas de un café negro, ocupaba sus fascinados minutos en contemplar a los músicos. Pagaron y salieron.

Luis Ramírez comprendió, caminando por la calle Corrientes, que la farsa había llegado a su punto final. Tres meses antes, después de un diálogo deshilvanado en el café, el Chueco Manfredi había lanzado una pregunta candente: "Si a tu tío, el de la barraca, le pasa algo, vos sos el único heredero, ¿no?" Ramírez pescó la sugestión al vuelo y decidió aprovechar un creciente prestigio que lo señalaba como hombre audaz y decidido. "Mientras no haga testamento, sí... yo soy el heredero; hace tiempo que estoy masti-cando eso —había contestado—; pero siempre es mejor hacerlo teniendo compañeros decididos."

Después, en apasionadas noches, fueron planeando el hecho. El tío de Luis, don José, poseía una barraca en Avellaneda, y su fortuna, según ellos la veían desde el fondo de sus estrecheces cotidianas, era considerable. Por lo menos doscientos mil pesos, de los cuales la mitad para Luis y la otra a dividirse entre los cómplices. Manfredi, en un principio, pretendió más, pero aceptó después un arreglo. Don José era un ebrio consuetudinario. Dejaba la barraca a las siete de la tarde, cruzaba el puente del Riachuelo, y luego visitaba cuatro o cinco almacenes. El asunto era fácil. Una noche de niebla lo seguían; esperaban a que en una de sus infinitas evoluciones estuviera cerca del agua; un distraído empujón, y Luis y sus cómplices quedaban dueños de una fortuna.

Luis había tomado el asunto como una de las tantas jactancias de café; las postergaciones, la falta de asistencia a tal o cual cita, le habían hecho sospechar que Andrés y el Pibe trataban, como él, de ganar tiempo, con la esperanza de que el proyecto quedara en nada. Pero el Chueco Manfredi no era hombre de perder un negocio y ahora lo veía sobre él, amenazador, listo a exigir el cumplimiento del convenio. La confusión domi-

naba su espíritu. Cruzó la calle, agitado, y se acercó a un mostrador: "¡Café y una caña grande!"

En una semana, era el tercer día que no iba a trabajar; imaginaba el sermonear de su tío al día siguiente. "También, viejo roñoso —pensaba—, pagar trescientos pesos a un hombre de treinta años." Instintivamente se miró en el espejo y se arregló la corbata. Se sentía un poco en poder de Manfredi. El sombrío ex presidiario nunca mostraba vacilaciones y segura-mente guardaba sus cartas para más adelante. Era muy posible que aumentara sus exigencias una vez cometido el hecho, amenazando con la delación. Y es que, en realidad, era el único de todos ellos que había tomado el asunto en serio. "Es un canalla", pensó Ramírez, con íntima sorpresa.

Era cerca de medianoche. Pegada a los muros, bajo el verde, el azul y el rojo exasperado de los letreros, temblaba una leve llovizna, como una telaraña de agua. Compró un diario y entró en un café. Media hora después, nervioso, salió a la vereda. Una niebla fina, que llegaba del Este, había reemplazado a la lluvia. En el intermedio indeciso del otoño al invierno, la humedad, que brillaba en el asfalto, parecía regir los impulsos y los deseos. Era una de esas noches enervantes de Buenos Aires en que todo puede ocurrir, por desesperación o por agotamiento. La niebla se desgarraba en partes y en lo alto se perdía en el cielo. Ramírez caminó unas cuadras y se detuvo. Vio su rostro, duplicado en una vidriera, inverosímil y ceniciento bajo un reflejo de neón. Por primera vez en mucho tiempo le pareció que la oscuridad y la noche eran conmovedoras. La resolución se concretó: esa misma noche hablaría a sus amigos del abandono del plan. No sabía qué decir, pero algo iba a inventar. Y experimentó un profundo alivio al notar que desde tiempo atrás ese viraje estaba resuelto en su espíritu. Caminó por Corrientes hacia el Este.

Los avisos eléctricos chorreaban una luz humedecida y desfalleciente. Otra vez la llovizna flotaba en el aire pesado.

Cuando llegó al café, los canillitas voceaban los primeros diarios de la mañana. Hendió los grupos compactos y silenciosos y se acercó a la mesa.

Desde lejos vio que los tres amigos lo esperaban con inusitada expresión de gravedad.

— Estuvo bien... —dijo Manfredi, con una aprobación condescendiente, que resultaba casi un insulto.

— ¿Qué es lo que estuvo bien? —interrogó Luis, con sorpresa.

Los amigos se miraron entre sí y le tendieron un diario. Con asombrados ojos, Ramírez leyó: "Anoche a las nueve, en las proximidades del Puente Pueyrredón, un hombre como de sesenta años, que después resultó ser José Bongiomo, viudo, comerciante, cayó en las aguas del Riachuelo, resultando inútiles los esfuerzos realizados para salvarlo. Se efectúan averiguaciones para establecer las causas del suceso."

En un silencio tirante Ramírez escuchó los latidos de su corazón.

"A pedido, el bonito tango de Amaro Lenzi..."

Pero no escuchaba la voz del cantor. Contuvo su perplejidad un instante y después,

escrutando las caras de los amigos, dijo:

— No he sido yo; no lo veía desde anteayer. Pero esto es mejor. Ya estaba harto de postergaciones y si no pasaba esto yo mismo lo hubiera liquidado mañana o pasado... Claro que ahora el asunto es diferente...

Después, ya tranquilo, sacó un paquete y convidó cigarrillos. Pero no debió tranquilizarse, porque Manfredi era incapaz de creer en el arrepentimiento. Y tampoco creyó en esa débil metáfora de la impaciencia, inventada para cubrir un prestigio.

Al día siguiente llovió. Cerca de las nueve de la noche, los parroquianos del almacén de Robino escucharon tres disparos, muy próximos. Corrieron y encontraron a Luis Ramírez, de espaldas bajo el cordón de la vereda, con un borbotón de sangre en la boca. Mientras lo examinaban, incrédulos, un brusco chaparrón sonó con fuerza sobre su traje azul marino y le lavó la cara.

El Busto

Hizo el nudo de la corbata y, al mismo tiempo que tiraba hacia abajo para ajustarlo, apretó con dos dedos el género, de modo que a partir del lazo hiciera un dobléz, un repliegue central, evitando la formación de pequeñas arrugas. Se puso el saco azul y verificó el efecto general. Estar impecable era para él una forma de la comodidad. Satisfecho —dignamente satisfecho—, salió y cerró con cuidado la puerta de calle. No había podido asistir a la iglesia, pero esperaba llegar antes de las diez a la casa de su hermana. Era el día del casamiento de su sobrino mayor, quien más que un pariente era su amigo. Pasó frente a los porteros de las casas vecinas y les deseó con llaneza las buenas noches; era una elegante silueta, a pesar de sus años: alto, moreno, con el cabello ligeramente estriado de plata.

Las vitrinas del salón de los regalos exhibían algunas joyas costosas. Un collar de piedras combinadas difundía un pequeño arco iris sobre su estuche de fondo rojo; un anillo con un topacio, un par de aros de brillantes y algunos otros meteoros artificiales y enanos fulgían bajo la luz de las lámparas. Verificó si el prendedor elegido por él para su flamante sobrina y los gemelos de brillantes para el novio habían sido bien colocados. Satisfecho, avanzó en busca de la nueva pareja.

— ¡No me vas a decir que no es una cosa rara! —dijo de pronto su sobrino, sorprendiéndolo. Estaba en el mismo salón y no había notado su presencia.

— No sé a qué te refieres... —repuso, deteniéndose.

— Al busto... o lo que sea...

Siguió la mirada del joven y luego se acercó frunciendo las cejas. Su claro instinto le había enseñado a desdenar el hábito porteño de reírse de lo que no se entiende.

— Sí; es raro... pero no me parece mal. Tiene algo del modo de Blumpel...

El sobrino no contestó. Se acercó unos pasos, dio una vuelta al pedestal que sostenía el busto y dijo:

— Me parece más horrible visto de frente...

- ¿De frente? ¿Cuál es el frente? —se detuvo y frunció el ceño.— Yo no creo que tenga frente. En todo caso, no me parece bien que atribuyas al autor una intención que probablemente ha estado lejos de alimentar.

— No sé, tío; pero me parece una intrusión, una presencia oscura en un lugar de cosas claras...

— Fantasías, hijo, fantasías. Siempre has sido muy imaginativo. Y siempre te olvidas de lo más importante. Por ejemplo: ¿Quién te lo regaló?

— Aquí está la tarjeta. Nunca he oído ese nombre.

El tío tomó la tarjeta y la examinó cuidadosamente; la volvió del revés y luego miró de nuevo el anverso, con su habitual fruncimiento de cejas, como si fuera capaz de distinguir a simple vista las impresiones digitales o cualquier otra clase de indicio.

— ¿No será un compañero de colegio, al que has olvidado? —le preguntó, devolviéndole el pequeño rectángulo de cartulina.

— No; me fijé en la lista que hice antes de mandar las invitaciones. No figura.

El tío se acercó al busto y lo miró a corta distancia.

— ¿No habías visto esta chapita de bronce? —le preguntó—. Quizá no la advirtieron porque estaba tapada por un poco de tierra. Mira; dice: “El hombre de este siglo”.

— Es cierto —repuso el joven—; no me había fijado. Pero, ¿a qué siglo se refiere? Y sea al que fuere, no me gusta. No sé explicártelo, pero no me gusta. Me gustaría tirarlo.

Eduardo Adhemar lo miró con aire tranquilo. Sintió crecer su densa, invariable ternura; siempre le había gustado ser el árbitro de las decisiones de sus parientes.

— No creo que debas hacer eso —dijo—. En todo caso —agregó, animándose con brusca inspiración—, podrías aprovechar la ocasión para hacer algo original. Y, de paso, aprovechar también el regalo...

Su animación estimuló al sobrino.

— Sí; pero no sé cómo... Es una cosa perfectamente inútil...

— Justamente por eso —repuso Eduardo Adhemar—; porque es inútil sirve para hacer un regalo.

El sobrino estaba impresionado por el busto. No creía que regalándolo podía quedar bien con nadie.

— Es una forma de provocación —dijo—. Y la gente ya lo ha visto aquí...

Adhemar era un diletante agradable y culto, disertaba superficialmente sobre cualquier cosa y se complacía en ello. Miró a su sobrino con un fruncimiento irónico en los labios.

— ¿Por qué te empeñas en considerar este busto desde un punto de vista estético? —preguntó—. Te sugiero que lo examines como algo raro, misterioso. —El sobrino lo miró con un parpadeo—.

Por ejemplo: imaginemos un ser que careció de posibilidad de realización. La Naturaleza —digamos— tenía cinco proyectos de caballo y eligió el que conocemos. Los otros cuatro han quedado en el misterio, pero no por eso pierden su interés. Quizá había uno con las patas larguísimas, que parecían zancos, y otro con el pelo largo, como una oveja, y otro con cola prensil, muy útil en la selva. Quizá esto sea el hombre que pudo ser. Te advierto que yo no lo veo así. Me gusta solamente como teoría. Yo prefiero imaginarlo en una calle oscura, saliendo de una puerta cochera; un ser informe para, nuestro concepto actual, con dos pares de brazos y la nariz al costado, que habla con un ladrido y dice: “Perdón, yo soy el proyecto rechazado de hombre”.

— Contestarías: “En el club veo todas las noches a sus congéneres”.

— No digas tonterías —repuso Adhemar, que era muy juicioso cuando los demás se ponían imaginativos.

— Prefiero la idea del regalo —dijo su sobrino—. Pero, ¿a quién? Casi todos mis amigos están aquí y si aún no lo han observado, dentro de poco lo verán...

Eduardo Adhemar recordó:

— ¡Ya sé! ¡Se lo mandas a Olegarito! No está aquí. Ayer se fue a la estancia y se casa dentro de quince días.

Cuando Eduardo Adhemar llegó quince días después a la casa de Olegario M. Banfield se había olvidado ya del asunto. Por eso, quizá —no era probable ningún otro motivo—, tuvo un sobresalto al encontrarse frente a frente con el busto, al pasar de un salón a otro, después de haber hecho la agradable comprobación de que los regalos recibidos por la pareja no eran tan costosos como los recibidos por sus sobrinos. El busto estaba en una esquina del salón y, sin embargo, parecía ser el centro de la decoración y de las luces. Adhemar saludó a dos o tres personas y se retiró.

Un mes después, ya entrado el verano, asistió a otra recepción; se casaba el hijo del presidente de la compañía. El ambiente de la bolsa y de la banca le molestaba un poco. Sabía que el presidente —un hombre muy meritorio, trabajador, pero sin tradición— se vanagloriaba de su amistad, y que la dueña de casa iba a presentarlo con gran entusiasmo a una serie de burguesas ricas. Pero la tiranía de las conveniencias comerciales no le permitió pensar en evasivas. Llegó, pues, con su habitual corrección, que a veces brillaba en un ligero alarde juvenil —una flor, una corbata novedosa—, y su aire indudablemente distinguido. Saludó a los dueños de casa y a los novios, y luego, sin dar tiempo a las presentaciones que ya afluían a la boca de la esposa del presidente, expresó, con una impaciencia casi infantil, su deseo de ver los regalos. Por una escalera bordeada de canastas de flores subieron al primer piso. El busto estaba en medio del amplio salón, bajo las plaquetas cristalinas de la araña.

En el curso del verano y luego, en el otoño, Eduardo Adhemar asistió a dos o tres casamientos más. En todos ellos encontró el busto. Espació después el cumplimiento de sus compromisos sociales y se limitó a concurrir de tarde, y a veces de noche al club.

Una noche desapacible, a principios del invierno, estaba cómodamente instalado tomando su whisky y leyendo el diario, cuando una conversación a sus espaldas lo hizo incorporarse a medias y escuchar. Dos socios hablaban animadamente. Por los escasos términos que logró percibir comprendió que se referían al busto. “Por suerte tuvieron tiempo de...” La frase quedó inconclusa porque un mozo pasó haciendo ruido con una bandeja llena de vasos. ¿Qué era lo que había que hacer a tiempo?, se preguntó Adhemar. Un rasgo de humorismo, una ocurrencia surgida en un instante de jovialidad, el día del casamiento de su sobrino, parecía haber tenido consecuencias imprevisibles. Él había puesto en movimiento algo, un hábito, una moda, una fuerza. No podía saber qué, pero se propuso averiguarlo. Desgraciadamente, no se hablaba con ninguno de los dos caballeros. Se habían distanciado el día de la renovación de la comisión directiva.

Decidió estar atento en los días sucesivos por si lograba sorprender nuevas alusiones al busto. Una tarde llegó al salón en el momento en que terminaba una charla entre varios amigos. Creyó comprender que alguien había sostenido la existencia de numerosos bustos. Pero esa opinión fue victoriosamente rebatida por Pedrito Defferrari Marenco, el joven abogado y político que ya se perfilaba como uno de los nuevos valores del Partido Tradicional. Era un solo busto, del que todos se desprendían nerviosamente, apenas recibido. Adhemar, en una especie de vértigo, guardó silencio.

A partir de ese momento empezó a sentirse hondamente preocupado. Los motivos de su inquietud no respondían a un sentimiento egoísta; comprendió —sentado en su sillón habitual en el club hizo un minucioso análisis de su situación— que un impulso generoso, aunque todavía oscuro, estaba dominándolo en forma sorda y creciente. Empezó a pensar constantemente en su sobrino, en su felicidad, en su profesión, en los aspectos de su vida matrimonial. La pareja no había regresado aún de un largo viaje por Europa, y Adhemar experimentó verdadera angustia durante las semanas que faltaban para el arribo. Luego, cuando por fin éste se produjo, debió contener su impaciencia durante unos días. Una tarde convidó al joven a tomar un whisky en el club. Después de hablar de algunas minucias relacionadas con el viaje, exploró con cautela los tópicos que le interesaban. Todo estaba bien; su sobrino y su mujer eran felices, el dinero abundaba y la profesión de ingeniero era la vocación cumplida del joven. Adhemar sonrió imperceptiblemente, satisfecho, como un conspirador.

Pero dos o tres días después notó con alarma que empezaba a interesarse por el destino de Olegario Banfield, el amigo a quien su sobrino había regalado el busto. El problema era más difícil, porque su amistad con Banfield era reducida y no existían muchos pretextos para verlo. Empezó, sin embargo, a visitar a amigos comunes, con el propósito de obtener detalles; inventó innumerables subterfugios y excusas para lograr el conocimiento total de la vida del joven Olegario y de su esposa. Logró sus fines, por supuesto, y nuevamente quedó satisfecho. Más complicadas resultaron las siguientes investigaciones, porque a medida que avanzaba iba encontrando personas casi totalmente desconocidas. Recurrió entonces a una agencia de policía privada. Al principio, le resultó difícil vencer la suspicacia profesional del inspector Molina. Este, un hombre avezado, pensó lógicamente en motivos sentimentales. Es normal que un caballero de gran fortuna tenga una aventura costosa y que ansíe una fidelidad relativa; también es normal que trate de obtener la certidumbre de esa fidelidad. Pero cuando las investigaciones debieron extenderse a diez o quince hogares recientemente constituidos el inspector terminó por aceptar las razones expuestas por Adhemar. Todo el trabajo —explicó el caballero— se haría con vistas a la formación de un archivo; una gran empresa de crédito, cuya denominación convenía mantener en reserva por el momento, estaba haciendo un gigantesco registro moral y financiero del país. Adhemar notó en dos o tres ocasiones un dejo de ironía en el inspector, pero como el hombre cumplía su trabajo a conciencia olvidó enseguida toda preocupación. Por su parte, el inspector recibía una considerable mensualidad por sus actividades, de modo que también abandonó las consideraciones ajenas a su labor rutinaria y colaboró en la forma más eficaz.

Después de algún tiempo Adhemar advirtió que era imposible tener un cuadro de la vida de una persona, a partir de la posesión del busto, sin conocer su vida anterior.

Sólo la comparación podía dar la nota exacta. Esto desplegó, complicó infinitamente las investigaciones. Para cooperar con el inspector, el propio Adhemar se decidió a actuar. Durante días y noches mantuvo entrevistas, requirió informes, siguió largamente por las calles a personas desconocidas. Al cabo de unos meses, una noche de niebla en que recorría el barrio de la Recoleta, tuvo un sobresalto. Una forma ligera, una sombra casi, entrevista al volver el rostro, le hizo sospechar que él también era seguido. La sangre le golpeó en las sienas; un sentimiento de horror estuvo a punto de paralizarlo. Logró después apresurar el paso, dio dos o tres vueltas inesperadas —o que creyó inesperadas— en otras tantas esquinas y, finalmente, llegó a su casa. A las pocas horas se había calmado; él se había introducido en la vida de los demás: ¿tenía derecho a impedir que alguien atisbara en la suya? Pero no pensó más, porque estaba muy cansado; su estado físico y su ánimo habían decaído en las últimas semanas.

Durante un mes prosiguió su trabajo, siempre con la sensación de ser puntualmente observado, hasta que una molestia estomacal y una ligera puntada en el lado izquierdo del pecho lo obligaron a visitar al médico. No era nada de cuidado, explicó el facultativo. Dieta, supresión del alcohol, una serie de inyecciones, y estaría como nuevo. Regresó a su departamento de la calle Arenales y se metió en cama. Al día siguiente era su cumpleaños y deseaba estar bien para recibir a sus amigos. Pero al despertarse comprendió que su reunión había fracasado. Un fuerte dolor, reumático o lo que fuera, le impedía moverse. Llamó al médico y éste llegó a mediodía. Efectivamente, sus pequeñas molestias se habían complicado con un lumbago.

Permaneció todo el día en cama. El mucamo hizo pasar a dos o tres amigos que fueron a saludarlo; también llegaron algunos regalos. A las nueve de la noche aquél se retiró, después de solicitarle permiso para ir al cinematógrafo. Adhemar le sugirió que dejara la puerta entreabierta, por si aún llegaba algún amigo. Media hora después sintió unos golpes y un mensajero entró sin esperar contestación. Estaba curvado por un paquete de gran peso, que dejó en la mesa del hall. Luego avanzó hasta la cama y le entregó una carta y se retiró. En la habitación próxima el paquete era una sombra oscura. Doblegado por el dolor, sin poder incorporarse, Adhemar abrió la carta y sacó una tarjeta. Nunca había leído este nombre. Sí; lo había leído: ¡la noche del casamiento de su sobrino, en la tarjeta que acompañaba al busto! Con ansiedad, estiró el brazo y tomó el teléfono. Acercó el auricular a su oído; estaba desconectado. Hizo dolorosamente, vanamente, un nuevo esfuerzo para incorporarse. Una opresión creciente, como una marea, le llenó el pecho y subió, subió.

Bajo el arco del hall la oscuridad se extendió como café derramado y avanzó en la habitación.

El Collar

A fines del siglo XVII -dijo el escritor Félix Durand, con su modo retórico, lleno de simetrías y comparaciones-, en una casa de Cannon Row, en el barrio de Westminster, John Locke opinó que el entendimiento de los individuos era como un cuarto vacío, que recibía las impresiones de las ideas; dos siglos más tarde Gastón Leroux, en su escritorio de la redacción de Le Matin, frente al rumoroso boulevard, pensó que un crimen en una habitación cerrada podía impresionar el entendimiento de los individuos y escribió El misterio del cuarto amarillo. Había algunas diferencias: para Locke, la única realidad estaba en el recipiente estático, en tanto que para Leroux allí solo estaba la apariencia; para Locke algo había entrado mientras que para Leroux algo había salido, lo que, por alguna razón misteriosa de nuestras preferencias sentimentales, es más estimulante y dinámico.

Se detuvo para tomar aliento. Era el momento propicio. Y todos, por un instante, se interrumpieron entre sí, en su afán de interrumpirlo. Y a todos se adelantó ella, no tanto por su rapidez, sino porque Durant, después de mirar fugazmente las caras, la prefirió y la escuchó, como quien prefiere en el día una onda a otra onda. Un rostro bronceado, los ojos claros y el cabello rubio ceniciento. La llamaban señora de Echagüe, y visitaba el club de golf por primera vez, integrando un equipo rival. La tormenta había inmovilizado a los jugadores en un hall de amplias ventanas, contra las cuales se obstinaba la lluvia; varios temas habían languidecido hasta que Durant impuso el suyo.

— Usted había prometido —dijo ella- contarnos el asunto de la desaparición del collar.

— Sí; pero relátenos los hechos —logró colaborar el doctor Argüello Soria.

Exageraba su entusiasmo por los "hechos" porque quería demostrar su seriedad. La seriedad era la llave de su éxito, junto con los anteojos y el sombrero Orión.

— Les hablé de Gastón Leroux —continuó Félix Durand, lanzando una mirada pétreo al doctor Argüello Soria -, porque el collar de Florencia Domselaar desapareció de un cuarto cerrado, vigilado por mi amigo el inspector Agostini y custodiado por numerosos pesquisantes. Es, más o menos, sustituyendo crimen por robo, la situación planteada por Leroux en El misterio del cuarto amarillo. Allí el delito se comete antes de la hora que el lector imagina. Considerando el factor tiempo, la otra solución a un misterio en un cuarto cerrado fue dada por Zangwill: el delito se comete después de la hora que el lector imagina.

El señor Arquímedes Olaguer, fabricante de tejidos, que jugaba al golf para adelgazar, y su esposa, que jugaba para impedir que su marido adelgazara con otras mujeres, acercaron sus sillas.

Ese asunto siempre me interesó – dijo el fabricante de tejidos-. Se dijo que en la desaparición del collar hubo algo de sobrenatural.

-El collar desapareció por la fuerza de la razón- repuso Durand, y sus palabras produjeron una ligera incomodidad, una molestia leve, pero instantánea.

Todos estaban dispuestos a admitir alegremente cualquier referencia al milagro, porque no estaban obligados a creer en él, pero la posibilidad de un engorroso juego de premisas, inferencias y análisis los aburría de antemano. Por eso se sintieron aliviados cuando el escritor prometió que develaría el misterio prescindiendo de reminiscencias literarias y complicaciones retóricas.

- "Florencia Domselaar de Núñez tenía sesenta años, pero representaba diez menos. Después de una vida de viajes por Europa se había instalado en Buenos Aires, en un departamento del Barrio Norte. Su única preocupación era su nieta Ernestina Vidal Núñez, joven autoritaria y vehemente, que vivía con ella desde la muerte de sus padres. Florencia era una mujer de gustos acentuadamente convencionales; se sometía a lo que estaba "bien" y huía de lo que estaba "mal", aceptando el contenido de estos conceptos sin averiguar su origen. Si se le hubiera preguntado quién los establecía, habría supuesto lógicamente que era alguien que "era bien". Se juntaba con amigas que profesaban las mismas normas y, a esa altura de sus vidas, tomaban los mismos remedios. El tomar remedios que no estuvieran al alcance del gran público era para ellas un motivo de orgullo secreto. De vez en cuando, el médico de moda recetaba a Florencia alguna inyección muy costosa, que aún no llegaba en forma regular de las fuentes de producción. Florencia derrotaba con eso completamente a sus amigas, ligaba sutilmente el remedio y su uso con la distinción y la buena cuna y, durante un tiempo, saboreaba su prestigio con ligero cansancio, como si fuera algo que hasta cierto punto hay que soportar, como una carga social. Por supuesto, el remedio perdía totalmente su valor terapéutico cuando se divulgaba que alguna mujer sin apellido también lo utilizaba.

"La fortuna de Florencia Domselaar estaba constituida por cuatro casas en el barrio Sur, alquiladas a bajo precio, trescientas acciones de "labor Regional", sociedad de crédito agrícola, y el famoso collar de perlas del mahará de Rasendra, comprado por su marido, el doctor Napoleón Núñez, en Amsterdam, en 1926. El collar estaba valuado en más de medio millón de pesos y debía ser entregado a Ernestina Vidal Núñez, como dote, el día de su casamiento. El casamiento de Ernestina había sido fijado para el primero de septiembre. Cinco días antes, Florencia se presentó en la división de investigaciones y denunció que personas desconocidas habían tratado de violar su pequeña caja de hierro, donde guardaba el collar, en su departamento de la calle Juncal. El inspector Agostini fue encargado del caso.

"Era un hombre incrédulo y curtido, el polo opuesto del investigador racionalista de las novelas, pero con bastante experiencia y espíritu de iniciativa. El inspector visitó el departamento de la calle Juncal y encontró indicios de una tentativa de robo. Probablemente la pequeña caja de hierro, en el living, no había sido abierta por falta de tiempo. Para evitar una segunda incursión, Agostini estableció una vigilancia constante. El treinta de agosto Florencia se despertó al ruido de alguien que andaba en la casa, corrió la ventana y llamó al pesquisante que permanecía

en la calle por la noche. El hombre corrió, revisó el departamento y todos los alrededores, pero no encontró al merodeador. Todo esto hizo que el inspector redoblara la vigilancia y comprometiera en el caso a su amor propio. Se resolvió que durante la fiesta posterior a la ceremonia estarían atentos varios pesquisantes. Se resolvió, además, que los regalos serán exhibidos en la última pieza del departamento, que sólo tenía una puerta y una pequeña ventana hacia un patio interior. El inspector insinuó a Florencia que no exhibiera el collar, pero tropezó con una cortante negativa. La fiesta perdía casi todo su interés si el famoso collar no era ofrecido a la vista de las amistades... Además, la dama quería entregarlo a su nieta en una forma solemne, delante de un grupo caracterizado de sus amigos, cumpliendo así con el mandamiento de su marido.

“El primero de septiembre los invitados empezaron a llegar a las nueve. A las diez la fiesta estaba en su apogeo y las luces refulgían en las joyas de las mujeres y en las pecheras blancas de los hombres. En el último cuarto del departamento se exhibían los regalos. Había cuatro vitrinas con joyas, objetos de arte, cerámicas y regalos diversos, y una mesa baja, cubierta con seda roja, donde estaba el collar. Detrás de la mesa, una repisa con dos floreros grandes, transparentes, llenos de agua cristalina. No tenían flores. No había otros adornos ni muebles en la pieza, cuyas paredes desnudas estaban pintadas de color crema. El inspector Agostini, después de cerrar la pequeña ventana que daba al patio interior de la casa, había asegurado la manija de la misma con alambre. En el patio interior estaba un pesquisante, por si alguien, en un raptó de audacia, rompía el vidrio de la ventana y arrojaba el collar. La puerta estaba permanentemente vigilada por dos hombres de confianza. Durante dos horas, los regalos y, especialmente el collar, fueron admirados por la concurrencia. A las doce de la noche, cuando ya el baile se desarrollaba con toda animación, Florencia reunió a los amigos más íntimos y procedió a una entrega simbólica del collar a su nieta. Con estrafalario romanticismo abrió un paquete de cartas de su marido y leyó, con voz cada vez más ahogada, las frases con que el doctor Napoleón Núñez disponía el destino de la joya. “Y te pido que el collar que usaste y que usó nuestra hija sea entregado a nuestra nieta en el día de su matrimonio...” Agostini no oyó el resto porque la voz de Florencia era casi imperceptible y porque dedicaba toda su atención al collar. Cuando terminó de hablar, Florencia se enjugó una lágrima, ajustó el paquete de cartas con un nudo no tan fuerte como el que se le hacía en la garganta y dio por terminada la ceremonia. Agostini entonces indicó la conveniencia de cerrar la puerta para dar un descanso a los pesquisantes. Las personas que habían presenciado el acto y el nuevo matrimonio fueron invitadas por Florencia a pasar al salón; luego ésta y Agostini dieron un último vistazo y la primera cerró la puerta con llave. Los dos pesquisantes fueron autorizados a retirarse por un momento para tomar alguna bebida y el inspector, mientras tanto, permaneció en la puerta. Media hora después, los empleados regresaron y relevaron a Agostini, quien entonces se mezcló con la concurrencia, pues era curioso de los rostros y de la psicología de la gente. A la una de la mañana Florencia quiso verificar si todo estaba en orden, entró en la pieza, comprobó que nada faltaba y volvió a salir.

“Una hora después el inspector Agostini sugirió a la dueña de casa la conve-

nencia de guardar el collar en la pequeña caja de hierro que había en el living. Los invitados empezaban a retirarse y el inspector pensaba dejar un hombre de guardia hasta el día siguiente, en que la joya sería retirada por su nueva dueña para ser guardada en el banco.

“Florencia aceptó la proposición y junto con Agostini se dispuso a entrar a la habitación cerrada. La dama abrió la puerta y avanzó en la pieza junto con el inspector. De ambas gargantas se escapó un grito de asombro. ¡El collar había desaparecido! El inspector volvió sobre sus pasos y encargó a sus dos subalternos que no dejaran salir a nadie. Su orden era una precaución inútil, pues nadie había entrado ni salido de la pieza después que ésta quedara cerrada y con vigilancia. Luego cerró nuevamente la puerta y junto con Florencia revisaron todos los rincones. La ventana que daba al patio estaba cerrada y el alambre colocado por el inspector no había sido tocado.”

— Nadie había salido- dijo Durant al terminar su relato- desde la última inspección hecha por Florencia a la una de la mañana. El collar desapareció entre la una y las dos, cuando entraron de nuevo Florencia y el inspector. En ese lapso nadie entró ni salió.

— ¡El collar no pudo haberse esfumado! —dijo con incredulidad el doctor Argüello Soria.

— Yo no emplearía ese verbo- corrigió Durand-; prefiero decir que desapareció.

— Pero, ¿entonces hubo algo mágico?

— No; salvo que usted llame magia al juego maravilloso de la mente.

— No me parece bien que usted se burle de nosotros —dijo con alguna molestia el señor Olaguer.

— No me burlo: afirmo que una mentalidad superior concibió un robo perfecto, al estilo de los buenos enigmas policiales...

La joven del rostro armónico y bronceado preguntó:

— ¿Usted tiene una versión del misterio?

— ¿Cómo lo descubrió? —apoyó con cierta vacilación el fabricante de tejidos.

— El robo no podía haberse efectuado después de abierta la puerta; la única solución es, pues, que el collar desapareció antes de cerrada la habitación por última vez. En una palabra, en vez de unenigma Zangwill hubo un misterio Leroux. Florencia, cuando entró a la una a verificar la existencia del collar, lo arrojó en uno de los jarrones. Éste tenía un disolvente y el collar, que era de material plástico, desapareció.

— ¡Entonces no hubo robo! —dijo el señor Olaguer, y su negativa fue rápidamente reforzada por un gesto de su esposa—. Si el collar no tenía valor no era susceptible de ser robado...

— Sí; hubo robo —insistió Durand, vacilando por primera vez en el curso de su disertación.

Había sorprendido, con embarazo, una mirada irónica clavada en su rostro. Optó por interrumpir el relato con un pretexto convencional:

— Hubo robo, pero las personas vinculadas al hecho pertenecen a círculos... este... Hay cosas que es mejor no mencionar... Está aclarando. Me parece que me voy a la estación.

Había aclarado, pero ya era demasiado tarde para jugar. Hubo un rumor de sillas arrastradas y de pasos. Sólo quedó sentado el fabricante de tejidos, decidido a no moverse hasta conocer el final de la historia. Pero Félix Durand había ya recuperado su chambergo y salía por el sendero bordeado de rosales. Sobre los macizos flotaba una luz que parecía proceder de las rosas y no del sol crepuscular. Una sensación de magia luchaba en su alma con un creciente sentimiento de culpa. Al llegar a la puerta oyó la voz clara de la señora de Echagüe y ese taconeo rítmico y duro de las mujeres esbeltas. Se detuvo. Al llegar, ella le dijo, simplemente:

— Yo también voy a la estación.

— Alcanzaremos el de las siete —Explicó Durand, solícito.

— No es indispensable —repuso la joven- podemos caminar despacio.

— Usted tiene que disculparme —dijo Durand, cuando entraron en la vereda arbolada — sólo al final comprendí que estaba cometiendo una indiscreción.

— No se preocupe. Yo misma lo alenté. Además, usted no tenía por qué saber que mi nombre de soltera es Vidal Núñez. Me molestó que me definiera como autoritaria y vehemente, pero en seguida me di cuenta de que eso se lo transmitió el comisario. Yo me opuse a que siguiera la investigación contra mi abuela. De todos modos, yo lo sabía todo...

— ¡Ah! ¿Usted sabe que Florencia vendió el collar hace años?

— Sí; lo vendió en Europa, en uno de nuestros viajes. De modo que estuvo bien que usted se refiriera a Gastón Leroux. Hizo fabricar luego una réplica en material plástico y esperó el día de mi casamiento, en el que se debía entregar la joya. Pero después pensó que yo descubriría el engaño e inventó el robo perfecto. Yo acepté la farsa. ¿Para qué hacerla sufrir? De todos modos, ella se había gastado el dinero conmigo.

Cuando llegaron a la vía férrea el viento había ya barrido las últimas nubes. El sol resbaló en el cielo y se hundió detrás de los árboles, agitando sus dedos de luz.

La espada dormida

Un estado de alarma ante el misterio, un agudo sentido de la realidad de lo invisible y, si se quiere, la íntima certeza de que todo enigma es sólo una provocación de la verdad, pudorosa o tiránica, que quiere probar largamente nuestra voluntad de sacrificio antes de entregarnos sus revelaciones, animan la vida de los místicos y la de los detectives. A veces hasta sus procedimientos se confunden, lo que es una prueba de sus afinidades. La historia está llena de místicos con alma de sabuesos, de hombres que olfateaban la eternidad y buscaban las huellas digitales del Señor en los picaportes o en el cristal de las ventanas; a la inversa, tampoco puede negarse la existencia de detectives dueños de revelaciones sobrenaturales, en cuyos éxtasis policíacos aparece en forma concreta el proceso de un crimen, con detalles y evidencias que serán luego desarrollados a priori, hasta llegar a una verdad idéntica a la revelada. Claro es que todo eso no autoriza a conceder crédito al primer investigador aficionado que ponga los ojos en blanco y hable con unción de las latitudes del misterio, o pretenda ordenar sólo intuitivamente un rompecabezas del género policial. Es conveniente desconfiar de la cultura metafísica de esos pesquisantes.

Pero la mística del delito ofrece a veces casos concretos. Voy a referirme aquí a uno de ellos. Una intención criminal fue transmitida en forma invisible, casi como una revelación colectiva. Tres hombres, el criminal, la víctima y el investigador, concibieron un crimen en forma simultánea, especulando sobre sus consecuencias y obrando en forma sistemática.

Con tanto misterio compartido casi pudieron fundar una religión, pero fueron modestos y se limitaron a escribir dos cartas. La primera, aunque firmada por la presunta víctima, contó en realidad con la colaboración del proyectista del crimen, pues allí aparecen sus intenciones. La segunda es obra de detectives, y fue entregada al correo, con la solución, el día antes del suceso. Reservaré, por supuesto, la forma en que llegaron a mi poder y me limitaré a transcribirlas, colaborando al final con unos breves párrafos necesarios al relato.

“Señor L. Vane. Addington House, Londres.

Querido amigo: La lectura de su último libro me ha recordado los tiempos de la universidad, cuando usted no soñaba probablemente con llegar a escritor, ni mucho menos yo a lector habitual de sus obras.

Paseaba al azar hace días buscando algún libro interesante cuando una vidriera atrajo mi atención. Vi su nombre y un título: “El alfanje de plata”. Aunque las historias de misterio no son de mi predilección, he seguido con interés el argumento de su novela, sin negarme al fuerte influjo de esa atmósfera que usted logra alrededor de un nudo que me parece simple, pero efectivo. La historia del collar, la garganta sedosa de la mujer estrangulada, la fría luz nocturna en el jardín, me

apasionaron vivamente. El título me parece bueno, pero debo confesarle que no me di cuenta, hasta el final, que se refería a la luna.

Aunque hace cinco años que dejamos la universidad, he conservado más interés, más viviente curiosidad, por todo lo que concierne a mis antiguos compañeros que por las nuevas gentes que he conocido. Se me ha pasado el tiempo en un soplo, como cuando la soledad nos invita a pensar en el pasado y en el futuro, en muchos casos, o cuando una mujer nos impide pensar en nada. A veces, por contraste, me asalta la idea de que el tiempo no ha pasado de modo alguno y que, doblando la esquina, puedo encontrar a usted y pasear de nuevo por las orillas del Ysis, y saludar de nuevo a Miss Cynthia o a Miss Ellen.

Ya veo que está usted arqueando las cejas y mascullando un "hum..." dubitativo. Es que le extraña mi estilo sentimental, sabiendo que está muy lejos de mi costumbre. Sin embargo, me han ocurrido en los últimos tres meses cosas tan extrañas, me encuentro rodeado de una atmósfera tan curiosa de misterio y de atracción a la vez, que no puedo menos que sentirme como el que arregla sus maletas antes de un viaje azaroso.

Usted ha oído hablar posiblemente del matrimonio Bernard. Él es un hombre severo, encanecido en el estudio de la filología, con vastos conocimientos literarios y un renombre de ensayista que ha traspuesto los límites del país. Pero no es el tipo del escritor común, tal como lo concebimos nosotros. Una de las paradojas de su vida, por ejemplo, es que ha alternado con su sedentario oficio tiempos de acción y de aventura en varias partes del mundo. Confieso que tenía de su persona una idea errónea: creía que de tal modo vivía dedicado a estudiar la raíz de las palabras que se había olvidado de pronunciarlas al oído de su mujer. No hay tal cosa. Hice el descubrimiento un día en que advertí que era celoso; lo confirmé, después, tratando de penetrar su modalidad. Sin embargo, debe usted saber que, por lo que a mí respecta, esos celos carecen de fundamento. Admiro a Aline con el respeto y la imparcialidad con que se admira, por ejemplo, una obra pictórica: no tengo ningún interés en llevarme el cuadro a casa, o de observarlo a menor distancia de la que permite una visión integral y serena.

El hecho es que estando en casa de don José del Carrillo, ese ricachón sudamericano, cuyas cenas serían perfectas si no hubiera que escuchar sus opiniones, se inició el tema que ha provocado el conflicto en que me encuentro. Estábamos en la sala de armas. Se la describiré. Ha sido formada en la planta baja, con dos ventanas que dan al jardín, un jardín heteróclito, que no responde a las normas corrientes en nuestro país. No es precisamente un jardín de curé, como decimos aquí. Es algo más pretencioso. Junto a un almendro, por ejemplo, están los rosales, y en el cantero hay un árbol americano, o indio, no sé bien, que parece cubierto por pequeños copos nevados. Observando bien, se nota que es algodón, aunque no estoy seguro de que sea hidrófilo, ni de que sirva para restañar la sangre...

Ese desatino estilístico, que debe haber sido cometido cuando Carrillo adquirió la propiedad no altera, sin embargo, la belleza del conjunto. Yo me pasé ayer varias horas contemplando el jardín. Nunca me ha parecido más hermoso, nunca la pa-

lidez de la mañana primaveral ha acentuado mejor el suave contraste del verde con el rosa, con el morado, y con el viejo musgo de las paredes. Es curioso cómo, en los momentos de peligro, nos asalta un sincero amor a la naturaleza. Puedo decir, como un personaje de novela, que si salgo con vida de este lance no desearé otra cosa en mi existencia que sentarme a contemplar el almendro.

Pero volvamos al salón. Tiene unos diez metros de largo por cuatro o cinco de ancho. En un rincón hay un billar y una pequeña mesa con sillones. El resto está ocupado por la pedana. Los muros están cubiertos por armas de todas clases y tiempos, pues Carrillo es un coleccionista pacífico de instrumentos guerreros. Pero el sitio de honor está ocupado por la espada de Luis Bernard, famoso duelista que después de numerosos lances dio en obsequiarla al anfitrión, estipulando que la retiraría sólo para realizar el último duelo de su vida. De modo que esa espada duerme ahora un momentáneo y decorativo sueño en la panoplia. Y casi me estremezco al pensar que despertará en el brazo de uno de los esgrimistas más hábiles de Europa...

Los temas se fueron sucediendo y al final comenzamos a hablar de riesgos y ganancias. Le referiré esta parte del diálogo con la mayor exactitud a fin de que usted trate de comprender los motivos que tuvo Bernard para invitarme a un desafío tan extraño.

— Las apuestas están en decadencia —dijo Bernard con un aire pontifical que lo hace a veces muy irritante—. Ahora es común ver dos caballeros impasibles esperando que una mosca se pare en tal o cual terrón de azúcar. Esto no es digno, ni para los caballeros ni para la mosca. Antes, los motivos empleados ayudaban a dignificar la apuesta.

— ¿Los motivos empleados? —interrogué.

— Sí; los motivos importaban riesgo, o el precio de la apuesta eran la vida o el honor, o algo parecido. Por ejemplo, si yo fuera un caballero feudal apostaría a conquistar tal o cual dama y el riesgo sería un lance de vida o muerte...

En ese momento me miró con cierta insistencia.

— No es usted felizmente un caballero feudal —contesté, por decir algo—. Por otra parte, si lo fuera tendría que admitir que otros caballeros aplicarían la misma teoría y pretendieran hacer una apuesta sobre su propia mujer.

Bernard me miró con anhelosa expectativa y reflexionó un instante.

— Si usted pretende... Si usted piensa que puede existir ese caballero...

Sólo entonces me di cuenta de que había cometido una indiscreción. Me acordé que justamente en esos días se rumoreaba que la señora Bernard pensaba divorciarse. Lo peor es que se mencionaba mi nombre como la causa de tal decisión. Como usted comprenderá, esto no es más que una habladuría de gente ociosa. Me quedé confundido y vacilante.

— Si usted piensa que es posible tal apuesta —dijo Bernard, ya con gesto agresivo

—estoy dispuesto a concertarla. Usted comprenderá el absurdo de la situación, agravada en lo que a mí respecta por el hecho de que Bernard me observaba como si me considerara culpable de algo. Sin saber cómo, me ruboricé. Usted sabe cómo ocurren esos equívocos.

Uno de los circunstantes me miró. Eso hizo pensar a otro que yo estaba complicado en algo. Me entraron deseos de aceptar la apuesta para perderla y disuadir a Bernard de sus sospechas.

— Podríamos concertar esa apuesta... —dije, sin convicción.

— Sólo que... —cortó él, sin dejarme proseguir— sólo que, en tal caso, ya que actuamos como caballeros, el riesgo debe ser equivalente al asunto debatido y en ese caso el único riesgo es un lance de honor.

Hice un gesto afirmativo.

— Perfectamente —dijo Bernard—. Usted tiene un mes para cortejar a Aline. Si dentro de un mes ella no ha iniciado nuestro divorcio...

— Sí; ya comprendo —contesté con alivio, pensando que se me ofrecía la oportunidad de desligarme de tan molesto compromiso—. Ya comprendo —repetí, pensando que bastaría no preocuparme de Aline para perder la apuesta y rehuir el lance.

— Efectivamente —continuó Bernard—. Si dentro de un mes Aline no me ha abandonado, paga usted el precio de la apuesta, es decir, el riesgo de batirse conmigo.

El horizonte se me oscureció.

— Sin embargo —objeté con timidez—, opino que en caso de que Aline optara por mí tendría yo que ofrecer una reparación...

— ¿Sí? —contestó Bernard con sarcasmo—. ¿De modo que usted se casa con mi ex esposa y además tiene la oportunidad de matarme? No, señor mío; hemos hablado de una apuesta. Usted debe pagar si pierde, y perderá si Aline continúa conmigo.

No sé qué extraño fenómeno conmovió mis nervios. Algo sordo, insistente, un rumor como un trémolo sacudió mis nervios y concebí una violenta indignación contra ese hombre que estaba jugando con mi honor y mis sentimientos. Sin embargo, una lucidez que nunca me abandona en los momentos de apuro dirigía mis pensamientos. Decidí, pues, aceptar el desafío, a pesar de conocer sus riesgos; Bernard, como ya le he explicado, tiene fama de terrible espadachín y se habla de varios lances que sostuvo en la época en que era estudiante en Heidelberg.

Ha pasado un mes; Bernard ha estado ausente y yo ni siquiera he visto a Aline. Debo, pues, pagar el precio de esta ridícula apuesta y designar mis padrinos. Éstos se reunirán con los de Bernard, y mañana, seguramente, se efectuará el lance.

Esta carta, como usted comprenderá, no implica un llamado de auxilio, que sería,

por otra parte, inútil al llegar a su poder demasiado tarde. Le he escrito confiando en nuestra antigua amistad y en espera de que usted, que tantos misterios ha esclarecido, ahonde las extrañas causas de la actitud de Bernard y las participe a las autoridades, en caso de que algo me ocurra, o me las comunique a mí, si por algún azar resulto ileso. Con renovada amistad, lo saluda su antiguo discípulo, René Florey."

* "Sr. Inspector Don Pablo Courvoisier. París.

Mi viejo rival y amigo:

La invitación al crimen, El retorno de la espada, La sangre en el jardín, o cualquier otro epígrafe policiaco merece la historia que voy a relatarle. Se desprende de ella una nueva manera de hacer matar, una nueva forma de turismo eterno. Muchas veces la averiguación de un misterio nos ha encontrado juntos; ésta es la primera en que yo le transmito el resultado por correspondencia. En cierta ocasión, ante una vacilación suya, yo afirmé con excesiva crueldad que usted era un detective por correspondencia. Perdóneme.

Ahora el azar quiere que yo resulte un agente postal de misterios. Si este ensayo tiene éxito instalaré una oficina dedicada a resolver, mediante el pago de una módica suma, crímenes por carta certificada, enigmas contra reembolso, y coartadas a precio de costo; los laberintos por vía aérea, naturalmente, pagarán doble tarifa.

El caso es, bromas aparte, que he recibido una carta de mi antiguo discípulo de la Universidad de Oxford, René Florey. De ella se desprende que este joven inexperto se ha dejado llevar a una situación que casi equivale al suicidio. Para mejor comprensión, le envío una copia y le enuncio las observaciones que me sugiere.

Debo advertirle, de inmediato, que nunca me he considerado un amigo íntimo de René Florey. Fui su compañero en la universidad, pero nos dejamos de ver y escribir apenas concluidos nuestros estudios. Su mensaje confidencial, pues, me sorprende un poco; lo considero, sin embargo, producto de un espíritu exaltado que en un momento de peligro no ha sabido a quién confiarse. Por otra parte, y me permito subrayarlo, es completamente absurdo aceptar una apuesta como la indicada en esa carta. Si René Florey es un hombre normal debió tomar a broma las provocaciones un poco pueriles de Luis Bernard; debió, en todo caso, solicitar explicaciones por sus sospechas, pero nunca prestarse al juego de hacer una apuesta sobre tal asunto. Si Bernard se había vuelto loco, René no tenía por qué seguirlo en su locura. Sin embargo, dejaré por el momento esta parte del problema y me concretaré a estudiar lo que a primera vista sugiere la carta.

En primer lugar, es evidente que el llamado Luis Bernard ha iniciado la conversación de las apuestas, de los caballeros feudales y de la conquista de las damas para provocar a René Florey, a quien sospechaba como admirador de su esposa y posible candidato a marido en caso de que ella se divorciara. Esto no es nada extraño, puesto que yo mismo he leído en las revistas comentarios sobre la amistad

de Aline Bernard y René Florey.

En segundo término, usted habrá notado que el hecho de plantear una apuesta de esta índole es el mismo caso de *Cymbeline*, de Shakespeare, pero sólo inicialmente, porque Bernard se inspiró probablemente en esa obra para realizar una especie de ajedrez mental que le facilitara la posibilidad de cometer el crimen.

Quizás en esos días estaba leyendo esta obra y se le ocurrió realizar algo parecido para deshacerse de René. No voy a entrar en detalles literarios que a usted poco interesarían. El caso es que en *Cymbeline* dos hombres hablan de la posibilidad de conquistar a la mujer de uno de ellos. Hacen la apuesta: Si el presunto rival la conquista, gana una joya (solución curiosa, porque hace suponer que la mujer era tan insignificante que era necesario completarla con un premio); si no la conquista debe responder en pelea, puesto que su pretensión, por infundada, ha constituido un insulto. El galán de *Cymbeline* termina por mentir que ha conquistado la dama para cobrar la joya y evitar el duelo. Bernard se entretuvo en imaginar cuál sería la actitud de Florey ante una apuesta semejante. Buscó las posibles variantes. Pensó que si en *Cymbeline* un hombre puede aceptar la apuesta de conquistar a una dama, es justamente porque aún no la ha conquistado. Pero cuando un hombre normal ya está seguro del amor de una mujer, no confesará tal hecho si debe mantener el secreto hasta que la justicia le permita casarse con ella. Bernard explotaba la segura negativa de Florey a toda actitud que implicara un reconocimiento de sus pretensiones hacia Aline. Estaba seguro de que René negaría, puesto que tenía la certidumbre de que había un entendimiento entre ambos. Pensando en todo esto insistió en hacer una apuesta y en que el pretendiente debería pagar con el riesgo del lance si no obtenía éxito. Estaba seguro de que Florey se conduciría en forma totalmente contraria a la del personaje de la obra inspiradora. La única posibilidad en contra era la de que Florey se acobardara y confesara públicamente sus amores con Aline.

Con este madurado plan, Bernard conseguía matar en duelo a Florey e impedir el divorcio de su esposa. Mi amigo, por otra parte, se condujo con imperdonable inseguridad, facilitando las maniobras de su enemigo. Dijo dos o tres cosas que constituían una provocación, cuando justamente Bernard esperaba una provocación. Por otra parte, Florey conocía la fama de espadachín de su rival, pero no podía rehuir el lance sin perder la estimación de Aline. De acuerdo. Con todo esto, a estas horas René Florey habrá sido legalmente asesinado por Luis Bernard, salvo que...”.

* El inspector Courvoisier interrumpió la lectura ante la llegada de su ayudante Durand, que entró estrepitosamente seguido de varios periodistas.

— Señor inspector —dijo Durand con agitación—, ha sido muerto en duelo el conocido...

— Sí —interrumpió Courvoisier con suficiencia—; ha sido muerto el famoso dueñista Luis Bernard.

El inspector Pablo Courvoisier contuvo un gesto de asombro. Miró nuevamente

la carta que tenía en la mano, y después de vacilar un instante, continuó leyendo:

“...salvo que, como muchas veces ocurre, el presunto asesino no haya previsto ese pequeño detalle que generalmente pierde a los de su clase. El detalle en este caso es el siguiente: si se trata de un desafío, la elección de armas corresponde al ofendido. Pero aquí no existe ofensor ni ofendido. Bernard mismo había insistido en que se trataba de una apuesta. En este caso, si René Florey no es tan ingenuo como quiere hacerlo creer en su carta y conserva la inteligencia que nunca le discutimos cuando era nuestro compañero en la universidad, ha intuido que se trataba de obligarlo a llegar al desafío, se ha plegado al juego de su enemigo, ha dejado llegar las cosas hasta el último momento y ha instruido a sus padrinos para que exijan que la elección de armas se deje librada a la suerte. El motivo de esa maniobra es evidente. Si se elige un arma que no sea la espada, en la que Bernard tiene una superioridad reconocida, todas las otras permiten a René una relativa igualdad de condiciones. Bernard, ante este inconveniente imprevisto, no ha sabido qué argumentar. Y ha terminado por sacrificar la seguridad de su triunfo en aras de una solución inmediata. Y si después de todo esto la suerte ha favorecido a René, es decir, si el lance se efectúa a pistola, a estas horas el joven habrá eliminado seguramente el último obstáculo que se oponía a su casamiento con Aline. Y la espada de Bernard continuará durmiendo en la colección de don José del Carrillo.

Quedan por aclarar los motivos que lo indujeron a escribirme la carta y las causas que motivaron su aparente pedido de auxilio. Yo creo que es una coartada inútil, producida por un exceso de precauciones. Si yo me hubiera engañado con la carta le habría escrito a usted diciendo que Florey era víctima de las maquinaciones de un bandido. Yo soy amigo de René, pero también soy amigo de la verdad. En todo caso, ésta no puede perjudicar a Florey puesto que no ha hecho sino utilizar el mismo juego de su contrario.

Lo saluda con afecto su colega amateur, L. Vane.”

El inspector Courvoisier dobló despacio la carta de su amigo londinense, la guardó en el bolsillo interior del saco y, tomando sus anteojos, los limpió maquinalmente mientras reflexionaba. Después de una breve vacilación se compuso el pecho y dijo:

— Señores de la prensa; voy a relatarles un suceso sin precedentes en los anales policíacos: un crimen que fue minuciosamente preparado por la propia víctima... Los periodistas extrajeron sus lápices y rodearon al infalible Mr. Courvoisier.

La confesión

[Microrelato]

En la primavera de 1232, cerca de Aviñón, el caballero Gontran D'Orville mató por la espalda al odiado conde Geoffroy, señor del lugar. Inmediatamente confesó que había vengado una ofensa, pues su mujer lo engañaba con el Conde.

Lo sentenciaron a morir decapitado, y diez minutos antes de la ejecución le permitieron recibir a su mujer, en la celda.

-¿Por qué mentiste? -preguntó Giselle D'Orville-. ¿Por qué me llenas de vergüenza?

-Porque soy débil -repuso-. De este modo simplemente me cortarán la cabeza. Si hubiera confesado que lo maté porque era un tirano, primero me torturarían.

Julieta Y El Mago

El mago Fang no se llamaba Fang, sino Prudencio Gómez. Era hijo del general Ignacio Gómez y nieto y bisnieto, respectivamente, del coronel y del sargento mayor del mismo nombre. Su tío, el general Carballido, era uno de los siete contusos de la batalla del Arsenal, y su primo, hijo de aquél, viajaba desde hacía años por Europa para curarse de un «surmenage» adquirido durante la campaña de la Sierra. Sería fácil deducir de esto que los militares, antiguos y contemporáneos, constituían el único orgullo de la familia Gómez; sería fácil, pero incorrecto, porque también contaba con curas en número suficiente para reforzar su vanidad.

La vida del niño Prudencio Gómez se dividió entre el asombro de los desfiles militares y la práctica de la religión. Ayudaba a la misa en la parroquia de otro de sus tíos, el padre Gómez, famoso por lo campechano y liberal. Esta liturgia precoz tuvo indudable importancia en su vida. Era un niño, no creía en símbolos, sino en realidades. Con el tiempo sospechó que todo eso se parecía a la magia, y quiso realizar experimentos más convincentes, con un resultado palpable. Sería alargar la historia (y no hay ningún motivo para ello) relatar las veces que fracasó en su intento de extraer un huevo de gallina de la boca del padre Gómez, ante la chanza benévola de éste; o recordar el dramático instante en que casi se asfixia por haber olvidado de pronto el sistema —aprendido por correspondencia— de salir de un baúl herméticamente cerrado. Es mejor llegar al día en que, convertido en Fang, debuta en su ciudad natal ante un público asombrado y entusiasta.

Prudencio era de piel cetrina, de ojos ligeramente almendrados y de nariz pequeña; unos toques elementales de maquillaje lo convirtieron en un chino aceptable. No sabemos por qué prefirió esa nacionalidad; imaginó, sin duda, que una pequeña farsa, sobre una mayor, ayuda a confundir al público, y que siempre es bueno disfrazar lo increíble.

A la muerte del padre Gómez heredó el equivalente en pesos de cinco mil dólares, depositados en la sucursal del Banco de Santa Fe; con inspiración profesional invirtió una suma grande en kimonos, pantallas, biombos y utensilios de bambú. Cuando desembarcó en Londres, todo el mundo admitió que llegaba de Shanghai. Trabajó durante años en los music-halls de Inglaterra y Escocia, y en 1930, perfeccionados sus trucos, apareció en el Palace, de París.

En París empieza el drama que nos interesa. En un teatro de Montmartre trabajaba el Grand Dupré, ilusionista, con su mujer, La Belle Juliette.

La Belle Juliette fue en su tarde de descanso a ver a Fang, y el destino del Grand Dupré quedó sellado: todo su poder de ilusionista no bastó a romper el biológico encanto tejido por pequeñas glándulas, que se unieron para hacer latir más aceleradamente el versátil corazón de esa mujer. Un día de diciembre, Julieta se despidió de su amigo y se embarcó con Fang hacia Sudamérica. El aditamento de

una mujer hermosa mejoró la apariencia y el efecto general del espectáculo; pero la pasión de Julieta duró poco. Cuando descubrió que Fang no era chino sufrió un ataque de furor y de vesánica exaltación. En realidad, no hacía hincapié en que no fuera chino; no le perdonaba que fuera sudamericano. Pero Fang se dio cuenta de que la discriminación racial era un pretexto de Julieta. La verdad era que ella había sobreestimado las ganancias posibles del mago. El dinero era el patrón sentimental de Julieta. Estaba sometida al último y más servil de los servilismos, según la expresión de Chesterton: el de la riqueza. Encontraba misteriosas cualidades en los poderosos por el mero hecho de serlo; el dinero llevaba implícitas la inteligencia y la simpatía y, a veces, hasta disimulaba el aspecto físico de los hombres.

En 1937 aparece el tercer personaje de esta historia. Por intrigas de Julieta, los ayudantes de Fang lo abandonaron. Puso avisos en los diarios, recurrió a agencias especializadas, probó infinitos postulantes, pero no encontró al hombre dócil y de rápida concepción que necesitaba. Una noche, en un café de la calle Corrientes, fue abordado por un individuo pequeño. «Necesito trabajar —dijo—; soy humilde y fiel.» Esta declaración inverosímil reflejaba la verdad, sin embargo. Además, el hombrecito lo probó con su muerte. Trabajaba de lavacopas en un restaurante de Lavalle y Montevideo. Estaba trastornado, enloquecido por la magia; había gastado los veinte pesos logrados con el empeño de una máquina fotográfica en entradas para ver los trucos de Fang. Además, era cetrino y bajito. Con unos toques ligeros de lápiz y una pátina suave de polvo ocre parecía chino. Se llamaba Venancio Peralta. Fang tuvo una humorada: «Seguirás llamándote Venancio; parecerá el sobrenombre porteño de un chinito.»

Julieta era fría, superficial y astuta. Consideraba que su casamiento con Fang era el fracaso de su vida y se vengaba de él en forma minuciosa. Fang, en cambio, encontró en Venancio devoción y un ayudante práctico y eficiente.

En diciembre de 1940 Fang estaba terminando una temporada en la capital y hacía quince días que había cambiado el programa. Entre los trucos incluidos estaba el muy difundido de escapar en pocos segundos de una bolsa, cerrada y sellada con la intervención del público. Fang era introducido en una bolsa de seda azul; la boca de ésta era cerrada y se colocaban lacres en el lazo y en el nudo. Luego caía sobre Fang una vistosa cortina circular, como una carpa, y al retirarla aparecía el mago liberado, exhibiendo el nudo y los sellos intactos. Las personas del público que habían colaborado en el acto revisaban la bolsa y verificaban el buen estado del cierre.

Aquella noche, tres hombres, dos que estaban con sus mujeres en la platea y otro que ocupaba un palco, subieron a invitación de Julieta, que estaba muy escotada, con traje negro de baile. Fang se sacó el kimono y quedó con pantalón y blusa de seda azul. La bolsa fue exhibida al público y los tres hombres la revisaron detenidamente; no tenía falsas costuras ni agujeros. Fang entró en ella sus piernas y los demás le ayudaron a introducir el cuerpo. Venancio exhibió una cinta y la anudó alrededor de la boca de la bolsa; uno de los hombres vertió lacre sobre el nudo y pusieron un sello. La situación de las personas que rodeaban a Fang era la

siguiente: dando la espalda al público estaban los dos espectadores que habían subido en primer término al escenario; luego estaba Venancio; luego, el hombre que había descendido de un palco, y luego, Julieta. Cuando terminaron de colocar el lacre, Venancio dijo: «El pájaro escapó.» Un instante después se llevó la mano al corazón, caminó unos pasos por el escenario y diciendo: «Continúen: bajen el biombo», desapareció entre bastidores. Julieta lo miró como con extrañeza, pero bajó la cortina sobre Fang. A los diez segundos la subió y Fang apareció con la bolsa azul en la mano y saludó al público.

En ese instante salió un hombre corriendo de entre bastidores y gritó algo que no pudo ser comprendido. El telón bajó y hubo un desconcierto en el escenario. Fang, Julieta y los tres hombres del público caminaron consternados hacia el foro y encontraron a Venancio en el suelo. Uno de los hombres dijo que era médico y lo revisó. Tenía un estilete clavado en el corazón. Sus últimas palabras fueron: «No culpen a nadie; yo mismo me maté.»

Se comunicó la novedad al empresario; éste apareció muy sofocado ante el público, anunció que la función quedaba suspendida y pidió calma. Pidió, además, que nadie se retirara. El bombero de guardia corrió a la calle y volvió con un agente, que perdió diez minutos anotando frusterías en una libreta. Finalmente, apareció un oficial de policía y adoptó las primeras providencias. Las primeras providencias fueron casi exclusivamente llamadas por teléfono en requerimiento de órdenes. Una hora después llegó el doctor Fabián Giménez, juez de instrucción. El doctor Giménez era un hombre de cincuenta años, con las huellas de la buena vida y de la buena bebida, displicente y resignado a las molestias de su cargo. Lo habían sacado de una comida en el Círculo de Armas y maldecía moderadamente al criminal que elegía semejante hora para su atrocidad. Llegó acompañado de su secretario, el joven doctor García Garrido.

Los tres hombres que habían subido al escenario a requerimiento de Julieta eran el doctor Ángel Cópola, médico de un hospital municipal; Manuel Gómez Terry, escribano sin registro, y Máximo Lilienfeld, periodista. El doctor Cópola era un hombre grueso, con esa elegancia envarada de los que parecen recién salidos de la sastrería; tenía el pelo blanco, pero su rostro era joven y bien rasurado. Hizo una rápida exhibición de conocimientos científicos y dejó apabullado a Gómez Terry, que sólo sabía de folios, medianeras, particiones y escrituras, además de fútbol. Durante su conversación fueron observados con cierta ironía por Lilienfeld, que era bajo, delgado, rubio, de pestañas casi blancas y estaba vestido con ropa de confección. En un momento dado el doctor Cópola se preguntó con extrañeza cómo ese hombrecillo insignificante ocupaba tan orondo un palco *avant-scène*; ignoraba que era periodista.

El doctor Giménez tomó declaraciones a todo el mundo, las cuales fueron resumidas y anotadas por el doctor García Garrido. El espectáculo se había desarrollado en forma rutinaria, salvo en dos aspectos: la posición de Venancio y Julieta en el momento de sellar la bolsa y la frase del primero pocos segundos antes de sentirse herido. Según uno de los hombres de la compañía, para facilitar el trabajo, Venancio ocupaba siempre el mismo sitio, hacia la derecha del escenario, y Julie-

ta se colocaba en el lado opuesto, hacia el centro del mismo. Si en esta ocasión hubieran ocupado sus sitios habituales, el orden hubiera sido el siguiente: Cópola y Gómez Terry, en primer lugar, dando la espalda al público; luego, rodeando a Fang, Julieta, Lilienfeld y, finalmente, Venancio. En cambio, el orden fue el que ya hemos indicado: primero el médico y el escribano; luego, por la izquierda de ambos, Venancio; luego, Lilienfeld, y en último término, Julieta.

Fang había pedido permiso para retirarse a su camarín, alegando estar afectado por la muerte de su ayudante y amigo; allí fue a buscarle el doctor Giménez, constituyendo un improvisado despacho entre kimonos de seda floreada, espadas sin filo, palomas ambulantes y varias gallinas. El asesinato de Venancio había introducido el desorden en la compañía; impasible, Julieta se ocupaba con afectación de su traje y de su arreglo personal. El doctor García Garrido, humillado por tener que escribir sobre un biombo, la miraba con sofocado interés.

El doctor Cópola, con pomposidad científica, tomó la palabra y dijo:

— Le sugiero, señor juez, que observe este detalle...

Era de los que dicen a cada rato «le sugiero» sin emplear el tono de sugerencia. El juez lo escuchó pacientemente y ordenó tomar nota de sus palabras. Cópola decía que, según sus conocimientos científicos, la única forma de que un estilete entrara en el ángulo observado era procediendo en línea recta de la bolsa azul, es decir, de Fang.

El doctor Giménez concedió algún crédito a la sugestión de Cópola, pues llamó a Fang e inició su interrogatorio. Éste se manifestó reticente ante las preguntas relativas a su profesión, lo que es explicable; y empezó a ponerse nervioso cuando notó que una teoría sobre el crimen flotaba en el ámbito del camarín.

— Yo estaba dentro de una bolsa, cerrada y lacrada con intervención del público —dijo Fang en enfático castellano, exento ya de matices chinos.

El doctor Giménez exigió la presentación de la bolsa, y un ayudante fue a buscarla.

Estaba aún con la cinta anudada en la boca y tenía los sellos intactos. Estos fueron rotos por el juez, con el objeto de practicar una revisión interior. La tela era compacta y no había huellas de haber sido perforada. Entonces intervino nuevamente el doctor Cópola.

— Desde mi más tierna infancia —dijo— me ha interesado la magia. Ahora mismo, cargado de trabajo y de responsabilidades, suelo practicar con mis sobrinos y los niños del barrio. Si el señor juez me lo permite, le diré que es completamente inútil revisar esa bolsa.

El juez volvió el rostro y lo miró con extrañeza.

— Queremos saber si hay dentro algún indicio. ¿Por qué no vamos a revisar la bolsa?

— Yo dije esa bolsa —arguyó el doctor con pesada ironía.

— ¿Por qué acentúa lo de esa bolsa?

— Porque hay otra.

Fang miró al médico como si quisiera fulminarlo.

— ¿Es algo referente al truco empleado? —interrogó el juez.

— Señor juez, yo mismo he hecho este truco varias veces. Hoy vine para estudiar sobre el terreno y corregir algunos defectos. Efectivamente, hay dos bolsas. Cuando Fang se introduce en la que es exhibida al público, lleva en un bolsillo interior otra bolsa idéntica, plegada. Una vez adentro, antes de que su ayudante haya anudado la cinta en la boca de la primera bolsa, Fang saca la segunda de su bolsillo y hace asomar su borde superior, de modo que la cinta rodeé éste y no el de la primera. Para esto se requiere la complicidad de un ayudante avezado, que simule facilitar la fiscalización de las personas del público que han subido al escenario, pero que practique por sí mismo esa parte fundamental del truco. Cuando baja la cortina, Fang no tiene más que desprender una bolsa de otra, las que han quedado apenas ligeramente unidas por los bordes, salir de la primera, plegarla rápidamente y guardarla en el bolsillo, y exhibir la segunda al público con los sellos intactos.

— ¿Entonces, esta bolsa es la que guardaba inicialmente Fang en su bolsillo?

— Así es —respondió el médico—. Hay que encontrar la otra.

Ante las palabras del médico, Fang hizo un gesto como de una persona sorprendida en un engaño y sacó de su bolsillo la bolsa buscada, entregándola al juez. Este la revisó detenidamente, pero estaba tan libre de indicios como la anterior.

— Puede no ser ésta —dijo el médico—; generalmente estos hombres tienen tres o cuatro repuestos.

El juez ordenó una busca por todos los rincones del teatro. Durante una hora fueron revisados los baúles de Fang, los camarines en todos sus rincones y los decorados, que se amontonaban en el escenario, pero el resultado fue infructuoso.

Además, la seguridad de que Fang utilizaba sólo esas dos bolsas para su truco fue certificada por el empresario, por los obreros del teatro y por Julieta. En ese momento el periodista Lilienfeld habló por primera vez.

— ¿Por qué Venancio habrá dicho: «El pájaro escapó»?

Luego agitó sus pestañas casi blancas y se quedó mirando a Fang. Este se adelantó a explicar el motivo.

— Yo no escuché bien la frase —dijo—, pero generalmente Venancio decía algo cuando estaba listo a recibir la punta de la bolsa para anudarla.

— Sí; pero él dijo «el pájaro escapó» cuando la cinta ya estaba atada y sellada...

El juez se había quedado silencioso, con la mirada perdida en lo alto del camarín.

El doctor García Garrido sabía que estaba pensando en la comida del Círculo de Armas, pero los demás creyeron que se concentraba en el misterio del crimen. Al rato pareció reaccionar.

— Hay un hecho importante —dijo el juez—: Venancio Peralta exclamó antes de morir: «No se culpe a nadie; yo mismo me maté.» Esto es atestiguado por los señores Cópola, Gómez Terry y Máximo Lilienfeld, además de la esposa de Fang. Esto no se puede destruir con nada. No se me escapa que un hombre tiene que estar muy trastornado para clavarse un estilete en pleno escenario. Es espectacular, indica una clara morbosidad, cuya caracterización será motivo de un dictamen científico. Por todo esto creo que no debemos detenernos. Solicito a cada uno de ustedes su palabra de honor de no alejarse de la capital hasta que termine la instrucción del juicio. No veo la necesidad de detener a nadie por el momento.

Fang agradeció efusivamente las palabras del doctor Giménez, y en los ojos melancólicos, ligeramente metálicos de Julieta, brilló una luz, como un rayo furtivo. Todos juraron mantenerse a disposición del juez y éste se despidió y salió seguido de su secretario. El oficial de policía dispuso el traslado del cuerpo de Venancio, de acuerdo con la orden del juez, e inició los trámites complementarios del sumario.

A las tres de la mañana el doctor Cópola, Manuel Terry y Máximo Lilienfeld se encontraron en la calle. Las esposas de los dos primeros habían esperado en la puerta del teatro y se unieron a ellos. Lilienfeld tenía el estómago vacío y propuso tomar algo. El doctor Cópola observó al periodista, con aire del que practica un examen científico, y vaciló unos minutos. Creía que Lilienfeld ensayaba hacerle pagar una comida; además, exhibirse en un lugar público con un individuo de las trazas del periodista le resultaba vagamente incómodo. El encuentro, a pocos pasos de una cervecería alemana, le sacó ese peso de encima; allí no podría encontrarle nadie.

Lilienfeld pidió una cerveza; Gómez Terry, un café, y el doctor Cópola, una soda. Las mujeres tomaron café. Parecía un concurso de economía. Al rato Lilienfeld pidió otra cerveza y un sandwich. El doctor Cópola tenía un apetito atroz, pero se contuvo; pensaba que si comía, el periodista aprovecharía para hacerle cargar con la cuenta total.

— Menos mal que fue un suicidio —empezó Gómez Terry, por decir algo.

Lilienfeld pidió otra cerveza y otro sandwich, y mientras masticaba con avidez, en medio de un incansable batir de pestañas, exclamó:

— ¡Qué locura! ¡Es seguro que no es suicidio!

— Pero él dijo: «No se culpe a nadie; yo mismo me maté.»

— Por eso mismo —continuó Lilienfeld—. El dijo: «Yo mismo me maté»; es decir, yo cometí un error fatal, yo me busqué esto, yo tengo la culpa, o cualquier otra cosa por el estilo. Nadie ha buscado una relación lógica entre los hechos y las palabras de esta noche.

—Entonces, ¿usted tiene una versión? ¿Por qué no habló? —interrogó el médico con reproche.

—Usted hablaba todo el tiempo y no me dejó ni un resquicio; además el juez me miraba con lástima —dijo Lilienfeld. Pidió otra cerveza, ante la alarma del médico, y continuó—: Hay tres cosas insólitas, que rompen la rutina de esta noche: Venancio dice: «El pájaro escapó», y Fang miente sobre el momento en que escuchó estas palabras. La verdad es que no comprendió bien la frase, pues de ser así, el drama no hubiera ocurrido. En segundo lugar, el orden de las personas que rodeaban a Fang fue alterado a último momento y Julieta ocupó el puesto de Venancio. En tercer término, Venancio dice: «No se culpe a nadie; yo mismo me maté.» La solución es ésta: Fang estaba enloquecido por las injurias de Julieta y proyectó asesinarla. Sin embargo, no podía cometer un crimen común: todo el mundo sabía sus peleas y sería sospechado de inmediato. La única solución consistía en un crimen a la vista de todo el mundo, con una coartada eficaz. Necesitaba un cómplice, del mismo modo que lo necesitaba para sus trucos. Venancio era su aliado, prácticamente su esclavo. Acogió con entusiasmo la idea porque su devoción hacia Fang lo llevaba a imitarlo en sus odios y simpatías. Quedaron en que Venancio, después que Fang se introdujera en la bolsa, le pondría un estilete en la mano, por la parte de afuera del género, el que sería fácilmente disimulado en un pliegue del mismo. Hacía años que practicaban el truco y siempre Julieta ocupaba el mismo sitio. En el momento de lacrar la bolsa todos estaban muy cerca de Fang, hasta que terminaba la operación. Este podía calcular exactamente la altura del corazón de Julieta. La mujer intuyó que algo se preparaba contra ella; quizá Venancio demostró excesiva nerviosidad. En el momento en que iba a colocar el lazo, Julieta se deslizó y ocupó su sitio; aquél no pudo hacer otra cosa que ocupar el sitio de la mujer. Para avisar a Fang, dijo: «El pájaro escapó», pero el mago, nervioso por primera vez en un truco, escuchó la voz, pero no entendió el sentido. El pobre Venancio pagó su fidelidad con la muerte.

El doctor Cópola y Gómez Terry lo miraban por primera vez con respeto.

— Hay que avisar al juez —dijo Cópola.

— Yo que usted no lo haría; no me gusta meterme en líos con la justicia —repuso Lilienfeld—. Además, Fang está condenado. Julieta sabe que él la quiso matar y lo tiene en su poder. Al pobre no le queda más que el recurso de suicidarse; quizá invente un buen truco para eso.

Ante el asombro de Cópola y de Gómez Terry, Lilienfeld sacó un flamante billete de cien pesos y llamó al mozo.

Había tomado diez medios litros.

— Discúlpenme, pero tengo que hacer —dijo, pagando la cuenta.

— ¿Se va a dormir? —interrogó el médico.

— No; tengo que tomar unas cervezas con un amigo —repuso.

